

una bibliografía. Ramón Mayra, en el editorial, ve a Bergamín y a su obra como "una fantasmagoría, una visión inaudita en el conjunto de la literatura actual". María Zambrano le considera "uno de los poquitos ejemplares que quedan de una especie en vías de extinción": la del escritor. De André Malraux, gran amigo del escritor, figura su introducción a "El clavo ardien-

do"; y de Benjamín Jernés, una nota acerca de "Enemigo que huye". Claude Roy asegura que "escribir la historia de Bergamín sería escribir la historia cotidiana de la España de los últimos años". Florence Delay analiza la "crítica citacional" del escritor. Nigel Dennis glosa su teatro (y hace la cronología). Juan Guillermo Renart comenta los comienzos del poeta. Siguen textos iné-

ditos y una entrevista de Juan González.

"Camp de l'arpa" dedicará sus próximos números a "Literatura y gastronomía", "Cesare Pavese" y "Literatura infantil". Los últimos aparecidos versaban sobre Kafka, "El nuevo periodismo" y "Serie Negra". ■

(1) "Camp de l'arpa", número 67-68, septiembre-octubre 1979. Director: M. Vázquez Montalbán.

Literatura y enfermedad

Felipe Mellizo es un periodista muy conocido por su prosa personal e imaginativa y por su tenaz compromiso humanista. Plaza y Janés ha sacado ahora, dentro de la colección Rotativa, un volumen suyo que, bajo el título "Literatura y enfermedad", recoge una serie de trabajos publicados antes en su mayoría en un semanario médico. El propósito confesado de esta tanda de ensayos es un comentario sobre cómo expusieron y trataron en sus obras la enfermedad y la muerte algunos de los más famosos escritores de todos los tiempos, es decir, sobre los esfuerzos que realizaron por definir de una manera inteligible la enfermedad. En realidad, estos trabajos de Mellizo son un ensayo de visión personal de la condición humana —en su más doliente raíz— por interposición literaria de otros, y así nos encontramos con visiones humanistas de ese hombre concretísimo, personal e intransferible, que es Felipe Mellizo. Desde esta perspectiva resulta muy sugerente su formidable ensayo "Angor", en que el autor relata un episodio de angina de pecho que le sobrevino hará unos tres años y medio. Allí realiza un autorretrato delicioso y con fuerte sabor de autenticidad: "Las recomendaciones que se hacen a los individuos que han pasado por un infarto o una angina son llamadas al egoísmo absoluto: hemos de hacernos invulnerables a las canalladas, los gritos, las burradas que el mundo, inevitablemente, nos tira encima...; hemos de hacernos también invulnerables al amor, al compromiso de compartirlo todo con todos...; se nos predica algo horrible, una ruptura con todo lo que no sea el dios fascinante del Yo Mismo...".

A lo largo de los ensayos reunidos en "Literatura y enfermedad", Mellizo insiste una y otra vez, implícita o explícitamente, en la diferente perspectiva del lenguaje literario y del lenguaje científico a la hora de abordar el plano de las realidades últimas de la condición humana. Se trata de la tradicional distinción entre lo explicativo o nomotético y lo descriptivo o ideográfico. Cada persona es única e irrepetible, y

ADIOS A LAS LETRAS

La odisea del griego

Perdonen ustedes que llegue tarde, pero es que en el Caribe se reciben las noticias con muchas horas de descuido. El Premio Nobel de este año nos salió griego y a mí el mensaje me vino en la botella en que una vez se coló el papel en el que se afirmaba que Vicente Aleixandre era también el Nobel de España. Los griegos y los españoles siempre hemos tenido algo en común: la pasión por la poesía y la habilidad para hacer buenas ensaladas de cebolla. Así que no me ha importado demasiado que el premiado de este año no haya sido Miguel Delibes, que caza como un Rey y escribe como un presidente de república. Cuando le dieron el premio —no recibido— a Jean-Paul Sartre, yo estaba en cama leyendo "Las ratas" —los libros de Delibes se leen mejor en la cama, porque así se escucha más diáfano el lenguaje— y pensé: "Hombre, y por qué no le han dado el premio a este señor". El lector es como un aficionado al fútbol, que siempre quiere que gane su equipo. Pues no le han dado el premio a Delibes, ni a Carpentier ni a Borges, ni a Paz, ni a Corín Tellado. No estaba de ser para nosotros, díralo yo, como dicen mis compatriotas caribeños. Por cierto, un sola caribeño había en la lista castellana de los probables: Carpentier. Otro caribeño de una isla de habla inglesa —no me acuerdo de qué isla, pero estoy seguro de que no es Little Inagua, donde vivo— estaba en la dichosa lista de probables, pero no salió, así que me he olvidado de su nombre también.

A mí me gustan los griegos, porque inventaron la democracia. En un artículo antiquísimo, del que me acuerdo porque soy más maníptico que Seneca, José María Pemán decía que los griegos habían inventado la democracia porque ese ejercicio era posible cuando había poca gente y se podía decidir en un estadio. No sé si el maestro gaditano se expresó así, pero la idea era esa. Cuando se les acabó el estadio, cuando el campo de fútbol se les quedó chico, los griegos inventaron la dictadura, y pusieron a los coroneles a administrar el país. Afortunadamente, hay gente que se cansa de la dictadura y se fueron moviendo los griegos hasta que hubo un juicio, y volvió la democracia. Pla-



Miguel Delibes.

tón se frotaba los dedos. Y el ahora Premio Nobel también. Se hallaban en el ágora cuando esto ocurrió. Los poetas y los filósofos se encuentran siempre en el ágora, porque es que resulta que no mueren. De los andaluces he pensado alguna vez que nacen varios siglos después de haber vivido, y por eso tienen esa alegría tan pacífica, soportan el paro como si fuera bendición gitana, asisten al latifundio como si fuera un chiste de Forges, y luego oyen cantar a Malrena como si nada hubiera pasado. Los griegos también son un poco así de pacientes. Por eso esperaron tanto a tener un Premio Nobel. Nosotros también tenemos un Premio Nobel casi griego, porque Vicente Aleixandre es andaluz. ■ SILVESTRE CODAC.



Felipe Mellizo.

así lo es su genuino enfermar; pero es igualmente cierto que las estructuras corporales o somáticas son accesibles a las generalizaciones de la conceptualización científico-natural. El pensamiento médico ha de integrar las dos perspectivas para comprender ese extravagante centauro ontológico que es el hombre, de cintura para abajo metido en la Naturaleza y de cintura para arriba arrojado al ámbito de lo histórico-existencial. "Enfermar y morir — escribe Mellizo — no son dramas médicos, sino dramas humanos, dramas históricos, dramas 'invisibles', precisamente porque son dramas biológicos. A mí me parece — añade — que la ciencia nomotética reduce las posibilidades de acierto al limitar el drama a sus términos razonables, porque — en lo que se refiere a la Medicina — eso equivale a aceptar que la mejor curación es siempre una curación incompleta. Lo que el punto de vista literario añade a esa actitud es, precisamente, lo contrario: que la curación posible es incompleta, pero que si se sabe que lo es amplía su ámbito y se hace más honda". Es curioso, pero en esta afirmación Mellizo reúne junto a arbitrariedades conceptuales — ¿qué quiere decir con eso de que la enfermedad no es un drama médico, porque es un drama biológico? — una honda intuición, que no llega a formular conceptualmente: a saber, que el pensamiento literario es una forma de conocimiento tan alta o más que la del científico. Claro que, en el fondo, Mellizo ha sido fiel a esta intuición y ha literaturizado por todo lo alto el tema de la enfermedad y de la muerte. Ha hecho bien. Y además lo ha hecho con una muy buena literatura. ■ PEDRO FERNAUD.

Henry Miller, visto por un amigo

Brassaï, fotógrafo de profesión y amigo de Henry Miller, escribió un primer libro dedicado al famoso novelista, con el título de "Henry Miller tamaño natural" (1). En él plasmaba sus recuerdos de los años difíciles en que Miller llegó a París, hombre

(1) Brassaï: Henry Miller tamaño natural, Ediciones del Cotal, S. A., Barcelona, 1977.

maduro, dispuesto a comenzar su tarea de escritor. Ahora Brassaï nos ofrece un nuevo volumen, "Henry Miller duro, solitario y feliz" (2), continuación del anterior. Se trata, como aquél, de un libro de recuerdos, pero aquí la rememoración es presentada en diálogos. Brassaï conversa con Miller, aunque a veces se incorporan otros interlocutores, muy secundarios desde luego para la estructura de la obra, tales como

(2) Brassaï: Henry Miller duro, solitario y feliz, Ediciones del Cotal, S. A., Barcelona, 1979.

Lawrence Durrell, la propia mujer de Brassaï o las sucesivas esposas de Miller. Estos diálogos siempre están regados con buenos vinos y condimentados con sabrosas comidas. No hay duda: Miller y Brassaï son amantes de la buena mesa. El espíritu, la conversación y los recuerdos fluyen en libertad en una sobremesa fraternal. Brassaï hace preguntas a Miller, otras veces es él mismo quien comienza: "recuerdas cuando...". Lo que ambos recuerdan es el transcurrir cotidiano de la vida de Miller. En este

Abandonar la crítica: una explicación personal

DIEGO GALAN

No es ni siquiera una noticia. Pero los lectores que hayan podido seguir los comentarios cinematográficos de TRIUNFO en los últimos diez años, pueden querer saber por qué a partir de esta semana no firmaré las críticas que aparezcan. Quizá no sea fácil explicar la decisión que me lleva a ello, dado que se entremezclan razones digamos "teóricas" con otras puramente personales. Pero se puede intentar:

Sigo creyendo que la crítica debe cumplir una función informativa, y servir como plataforma de expresión a quienes no pueden decidir qué películas se hacen ni casi elegir las que ven: el espectador tiene unos derechos de defensa, y mientras no se invente otra fórmula, parece que la crítica puede ser su portavoz. Aunque naturalmente no toda la crítica. De la misma forma que no se puede condenar el cine entero por una mala película, conviene matizar las distintas críticas que se hacen en España, desde qué posturas se vienen juzgando las obras cinematográficas y con qué objetivos inmediatos se aprueban o se condenan.

Para nosotros, los jóvenes que llegábamos al medio a principios de los setenta, la "misión" que debíamos cumplir parecía clara. Estábamos en una España negra, donde la desinformación reinaba, la censura regía los destinos de los españoles y, en consecuencia, se apoyaba oficialmente un cine tenebroso para marginar al único que podía o

debía oxigenar el ambiente. Paralelamente existía también una crítica "oficial" compuesta en muchos casos por censores que avalaban aquella política gubernamental. Nos propusimos atacar esa crítica y defender toda obra que tuviese dificultades nacidas de razones exteriores a su calidad. Nuestro trabajo debía servir, ante todo, para informar de lo que nos ocurría (aunque ello no determinase que sólo se hiciera eso, es decir, que nuestra postura básica eliminara totalmente la imparcialidad). Estábamos en la oposición y teníamos que defendernos; por otra parte, parece claro que la imaginación o la creatividad vienen generalmente de la izquierda, y ésta estaba sepultada.

Hoy parece que algo ha cambiado. No es necesario utilizar así la crítica; pueden explicarse en páginas distintas los intrínsecos de la industria, los cortes de censura, los nombramientos a dedo. Hay, por lo tanto, que dejar la crítica a la crítica, renovar aquel viejo lenguaje y plantearse el trabajo de una forma quizá más aséptica, pero en cualquier caso a tono con el país. Yo ya no sé hacerlo. No he conseguido desprenderme de los viejos latiguillos, de los esquemas que acostumbra.

Y uno envejece, claro. Empiezan las dudas y los conflictos. Me canso de ver tanta y tan horrenda película que el espectador consigue evadir mejor, de oír las mismas justificaciones, de convivir con amigos a los que quizá se les



Diego Galán.

ha dicho que su trabajo no era bueno y llegar luego a la sospecha de que la razón no está tan clara. En el último Festival de Venecia vi cómo los críticos italianos destruían "La luna", de Bertolucci, de forma apasionada, sin criterios sólidos. ¿Habré sido italiano alguna vez? ¿Podré serlo mañana?

Es mejor dejarlo. Y que otros, con criterios más claros renueven el tinglado. La crítica podrá seguir o no siendo válida, pero me es difícil soportarla, ir con las gafas de juzgar por la vida. Me las quito y que otros juzguen. Es más relajante.

El lector de TRIUNFO encontrará en breve tiempo una nueva firma en los comentarios. Por mi parte no me arrepiento de casi ninguna crítica y confío en poder seguir escribiendo de cine, pero sin necesidad de determinar quiénes son los autores listos o tontos, quiénes los oportunistas o los honestos. Y eso es todo. ■